

Fariña

Narcotour por el Raval

No sabemos si Jacinto ha leído *Fariña*, el libro sobre el narcotráfico en Galicia, secuestrado por la jueza Alejandra Fontana.

Sí sabemos que a un hijo de gallego la droga le martiriza doblemente.

A veces, Jacinto Estévez (Barcelona, 1963) se echaría a llorar.

“Ha habido momentos en los que por aquí delante pasaban hasta cien yonkis cada hora”, denuncia, inquietantemente tranquilo, como si sus ojos se hubiesen clavado en el reducto por el que pisa tras la barra. Cansado de los otros, de los zombis que se pinchan y que podrían trabajar de extras en *The walking dead*; atornillado en sus consuelos, que son varios —la unión vecinal, básicamente—, y con una extraña apariencia de marinero que sentó la cabeza después de haber pasado por las aduanas de aranceles desproporcionados.

Así es Jacinto, el hijo de gallegos que regenta el bar que abrieron sus padres: Xironda Orense Tapas, en la calle Roig, 19, teñida de trapos rojos en señal de protesta (“droga no”, pintada en la pared).

Los parroquianos se toman el chato de vino, que gustosamente cae de un bidón con grifo. El televisor de plasma escupe sus canales a la nuca. Las croquetas de cocido, los pinchos morunos y los mejillones esperan la comanda que nunca llega.

En Xironda Orense se reúnen los vecinos de la calle para organizar las acciones con las que denunciar el creciente tráfico de estupefacientes en la zona.

“Hasta hace poco, hasta que se produjo la operación policial, aquí delante, en esa finca [Roig, 22, a diez metros], entraban muchos a pincharse, italianos sobre todo. Esto era una película de miedo”, cuenta, en medio del huracán de la maldad humana, del enorme vacío y la inmundicia dejadez. “Me acuerdo especialmente de una chica bajita que pasaba cada dos por tres por delante de la puerta del bar. Un día entró y se tomó un cortado y luego se fue al lavabo. Tardó en salir. Pagó y se fue. Yo me oía algo raro, no sé. Estaba solo en el local. Me fui al lavabo y al abrir la puerta la humareda me echó atrás. Posiblemente fuera crack.”

El Xironda Orense de Jacinto es parada y fonda en los *narcotours* organizados por la novedosa asociación RPR (siglas de las calles Robador, Picalquers y Roig, el triángulo de las Bermudas en el que desaparecen las almas).

De la mano del periodista de *La Vanguardia* Luis Benvenuty, *Benve* (Salamanca, 1974), especializado en temas sociales, visitamos los puntos negros del mercado de la droga en el Raval.

“Es la ley del más fuerte. Los pisos del número 22 de la calle Roig se fueron vaciando, algunos por desahucio. La propiedad pasó a ser el banco. Se dejó de pagar la comunidad de vecinos, se dejó de cambiar la bombilla del rellano... Así que se degradó la escalera hasta tal punto que todo se llenó de yonkis, hasta la azotea. Se pinchaban dentro para no llamar la atención. Y luego se convirtió la finca en un picadero. Cuando el Ayuntamiento de Barcelona intervino por cuestiones de salud pública, recogieron toneladas y media de basura”, describe detalladamente Benvenuty, que se toma un cañita en el local de Jacinto. Benve es un tipo extraño, porque parece lo que no es: parece alguien que sortea la vida sin prestar atención al dolor ajeno, como uno de esos *hipsters* que escuchan música *indy* porque se ha puesto de moda. Pero no es un Flaubert ni un personaje de *El día de la Bestia*, por la camiseta con la cruz, ni es una máscara falsa de saltimbanqui. Detrás de esa fachada, se esconde un conciencioso fugitivo de la burocracia, que se toma el pulso en el palpito de la calle.

Desandamos el camino de la ruta: de Roig (“no sé si sube o baja la delincuencia, sé si la gente se queja o no”) a Picalquers (latas de cerveza); de Picalquers (colchones usados) a Carme (“*Stop noise*”); de Carme (meados) a plaza del Pedró (“no se puede ir a cubrir la guerra de Siria si uno no sabe moverse primero por el Raval”); de plaza del Pedró (“me rompiste el corazón”, escrito en un cartel) a calle Botella (“en esta casa nació Manuel Vázquez Montalbán”); de la calle Botella (“*Disney ruined my son*”, en una pared) a la calle Cera (peluquería unisex de Umair Qamar: “Primicia mundial: la primera coloración permanente...”); de la calle Cera (“no se desalojan los pisos porque los bancos no denuncian la ocupación”) a la calle Carretes (“los bancos no denuncian la ocupación porque no saben ni cuántos pisos tienen”); de la calle Carretes (“según el censo municipal, en el Raval hay 269 pisos vacíos”) a la calle Vistalegre (“todo esto viene de la crisis económica”).

En el número 9 de la calle Vistalegre los vecinos se han hecho fuertes. Antes era la guarida del narco. Ahora es un centro social.

Los inmigrantes rondan el Espacio del Inmigrante, en Agustí Duran i Sanpere: “Ja registrats oficialment, els refugiats inicien el seu viatge a través d’Europa esperant un ferry que els portarà a Atenes i la Grècia continental...”.

En una pared, el reclamo: “Caballero de compañía ofrece sus servicios a señoras solventes”.

Jacinto no estaría de acuerdo.

En una pared, la frase que resume esta crónica: “Más allá de sus muros, hay cielo”.

Jacinto sí estaría de acuerdo.

Jesús Martínez